

movió Darnley con facilidad un corazón como el de María, tan fácil á todas las conmociones. Tomó ésta un gusto pasajero por una pasión verdadera, y prefirió este matrimonio á todos los antes propuestos y prometidos. La víspera de este enlace confirió al elegido el título de Rey. Al casarse María se vistió su traje de viuda para indicar que conservaba hasta en aquel momento, un religioso recuerdo á su primer esposo. Después, para presentarse al banquete nupcial, descifóse todos estos lutos y visitó espléndido traje de novia. A la mesa todo un conde Athol se puso tras su silla; todo un conde de Morton le cortó las viandas, y todo un conde de Crawford le escanció el vino; mientras los demás gentiles hombres arrojaban monedas con generosidad al pueblo entusiasmado y repetían la palabra de todas las bodas, la palabra felicidad. Ya veremos cuán trágicamente acabó enlace como éste, celebrado bajo tan prósperos y favorables auspicios. El destino había sellado con marca de inevitable compostura la regia frente de María Estuardo. Este matrimonio disgustó mucho á los jefes del protestantismo en Escocia. Creyeronlo todos amenaza grave á su creencia; y se aparejaron para defenderla y salvarla. Murray, verdadero jefe civil de la Iglesia calvinista, echó también á la parte religiosa y eclesiástica el profundo resentimiento experimentado al verse por un rival tan formidable como el esposo de la Reina, sustituido y reemplazado. Absoluto dueño del regio albedrío; acostumbrado á considerar la soberana de toda Escocia como un símbolo de su propio poder y no como un poder ajeno, dolíase de la mengua sufrida por su autoridad y del favor concedido contra su consejo á un inexperto mozalvete. Sus temores crecían de punto considerando que la herencia del trono británico se vinculaba más en los Estuardos católicos y se iba de los Tudores protestantes; pues mientras María, casándose, aseguraba una descendencia y una perpetuidad probable á su familia, quedábase estéril y soltera la Reina del Protestantismo. Estos temores fundados, crecieron á una y se divulgaron en los ánimos de todos los protestantes, enardecidos por el culto exaltado que dispierta siempre una fe nueva. Y como en aquellos tiempos cualquier idea ó cualquier sentimiento engendraba con facilidad suma la guerra, Murray alzóse airado en armas, invocando los derechos del Parlamento y los derechos del Protestantismo. Decíale al Parlamento que era tan trascendental como el regio enlace, á cuya virtud tantos intereses múltiples se libraban, habíase anudado sin su formal acuerdo; y decíale al Protestantismo que aquellos amores entre dos cónyuges católicos engendrarían tarde ó temprano lobeznos enemigos de sus dogmas. Y en torno de tales aprensiones más ó menos fundadas se reorganizó un poderoso ejército, y este poderoso ejército se dirigió á desatar y destruir la triste autoridad de María. No hallaba ésta ningún remedio leve, pues la guerra necesita guerra; y la rebelión que no se ahoga en su cuna, crece con la voracidad propia de los grandes incendios. María se lanzó al campo, en guisa de terrible amazona. Su cuerpo delicadísimo parecía el más avezado á las inclemencias del aire; su brazo el más fuerte y enérgico en

los empeños del combate; su caballo el más ligero de las acometidas guerreras; su valor el más varonil y temerario. Llevaba en el cinto puñales, en el costado espada, en el arzón pistolas; é iba diciendo á cuantos querían oirla, que no se trataba del derecho de la Iglesia nueva, ni del poder de la reforma religiosa, sino de unos cuantos rebeldes, los cuales, no satisfechos con haberse apoderado, en su omnipotencia, de todos los honores y de todas las tierras, deseaban perpetuar la triste anarquía para que mandasen los vasallos y obedeciesen los príncipes en el desconcierto universal. A los empujes de tamañas pasiones, la rebelión cayó arrollada; y Murray, como jefe del partido protestante y del partido inglés, huyó á refugiarse bajo el amparo de Isabel en la cercana Inglaterra. Y la Reina protestante, con esa doblez propia de su complexión, y con ese arte consumado en el disimulo y en el dolo que la hiciera sin duda el primer diplomático de su siglo, reconvinó públicamente á Murray por su desobediencia, después de haberlo sostenido y alentado en secreto. María, ensoberbecida por su victoria, cayó en una especie de demencia. Creyóse omnipotente, porque había sido un minuto afortunada. Sin comprender la debilidad intrínseca de su corona, la expuso á todas inclemencias del combate y la hizo triste símbolo de venganza. En el arte, la exageración lleva siempre á las hinchazones mortales de la decadencia; y en la política lleva siempre á la locura del suicidio. Moderada en su victoria, consiguiera María el cariño inextinguible de su pueblo. Los vencidos mismos, con ser tan poderosos aun después de la derrota, deseaban más perdones que desquites. Pero María se creyó una inspiradora de la reacción universal; y escribió á los Guisas, para que sostuvieran á una con pujanza la ortodoxa liga contra los hugonotes; y tomó sin premeditación los auxilios en dinero procurados por aquel Felipe II, que deseaba extinguir la conciencia humana bajo el frío granito de su gigantesco Escorial; y tramó con Pío V conjuraciones contra los derechos de sus propios súbditos y la independencia de su propio reino; sin comprender ni sentir que al concitarse, tan lejos, tales amigos, verdaderamente nefastos á su corona y á su patria, hería los privilegios de su Parlamento, los cánones tradicionales de la constitución consuetudinaria de su imperio, la vida misma del Protestantismo, cuya libertad había jurado, el poder inmenso de nación tan formidable como Inglaterra y de rival tan temible como Isabel. María Estuardo, así en su vida privada como en su vida pública, se dejó arrebatarse siempre por las emociones de una pasión incesante, y por los vértigos de una ira, que rayaba en desapoderada cólera con facilidad, y que caía con frecuencia en triste descorazonamiento. Y tenía que luchar, ciega y arrebatada, con el disimulo más frío, con la doblez más taimada, con el cálculo más matemático y seguro, con la crueldad más implacable, con la diplomacia más terrible y astuta, con la perspicacia más fina, con la política más mesurada, con toda una Isabel de Inglaterra, frente á la cual se constituía la infeliz en amazona inexperta, y atropellada, y ciega, y arbitraria, del retroceso universal.

Parecen inverosímiles de suyo las analogías entre María Estuardo y María Antonieta. Sin estudiar á la una bien, cosa imposible, de toda imposibilidad, estudiar bien á la otra. Parece la biografía de aquélla el horóscopo tristísimo de ésta. En todas las transformaciones sociales, el mal sube tan alto, y se dilata de un modo tan terrible que toca, por su extenso y largo desarrollo, á pobres indefensas mujeres, como se demuestra en Lucrecia, sacrificada por la fundación de una República patricia; en Virginia, sacrificada por la fundación de una República plebeya; en Porcia, sacrificada por la conversación de una República, donde habían entrado patricios con plebeyos; en Cornelia, sacrificada con la muerte de sus hijos Tiberio y Cayo por una República social. Parecía que la mayor cultura moderna y la exaltación dada por el Derecho romano en sus últimos tiempos y el Cristianismo en sus comienzos al sexo femenino debían preservar la mujer de atentados tan terribles como los que perpetraran las edades antiguas y las naciones clásicas. Pues continúan las inmolaciones de mujeres hermosas en el tiempo nuestro y bajo la égida del derecho y del dogma que cierran las edades clásicas y abren á su vez los tiempos modernos. La Jephthé inmolada en bien del pueblo hebreo y la Ifigenia inmolada en bien del pueblo griego se repiten y vuelven ante nuestros ojos; especialmente así que las tempestades llenan el aire y los terremotos sacuden el suelo de nuestra Europa en la revolución universal. Bien es cierto que determinan todos estos crímenes crisis sociales de una latitud inmensa y de una profundidad insondable. Cuando el verdugo romano, primer ministro de los despóticos Césares, entra en las Catacumbas é interrumpe con su siniestra sombra y su terrible presencia el cántico de cualquier cristiana infeliz, asiéndola por el brazo en aquellos abismos de luz y arrojándola en los circos velados por las tinieblas del error á las fieras, piensa detener el movimiento impelido por aquellos locos nazarenos, tomados del mosto de las nuevas ideas, los cuales intentan separar la conciencia individual del Estado clásico, para que no tengan base donde asentarse y establecerse los Césares y el Cesarismo. Cuando en un retiro, cárcel verdadera, la esposa ilegítima, pero predilecta, viuda que podríamos llamar morgánica de Alfonso el Onceno, se ve sorprendida por los sicarios de Pedro Primero, y muere á tan rudo golpe, largamente premeditado por el cruelísimo Rey castellano, debe saber la infeliz, tan horriblemente asesinada sin piedad al filo de regias cóleras, que la matan y muere, no tanto por madre de bastardos como los Tratamara, por madre de caballeros feudales destinados á un horrible ministerio, á detener el trabajo de la uniformidad monárquica, quien, dando al Estado su necesaria unidad, precederá la indispensable unidad interna de los pueblos á que denominamos naciones. Pues en aras de la revolución religiosa, consiguiente y subsiguiente á la revolución monárquica murió María Estuardo, y en aras de la revolución política, consiguiente y subsiguiente á la revolución religiosa, murió María Antonieta, como siglos atrás había muerto en aras de una revolución filosófica, entonces incipiente, y perdurable todavía por la eterna rotación del

humano pensamiento, entre las tristezas del claustro, y abrasada por el incendio de un amor sin esperanza la infeliz Heloisa, siendo así la Historia humana como una vía de sepulcros, verdaderos altares, cuyas aras están llenas de víctimas. Su matrimonio perdió á la Estuardo; su matrimonio perdió á la Austriaca. En Escocia significaba el matrimonio de la Reina una reacción teológica; en Francia significaba el matrimonio de Luis XVI una reacción política. Uniéndose á Darnley amenazó María Estuardo la obra de Enrique VIII, la obra de Isabel, todo el movimiento religioso que había dado á Inglaterra una Iglesia nacional; uniéndose á María Antonieta Luis XVI amenazó toda la política internacional de Francia que brotara con Luis XI y persistiera sin descanso hasta la segunda mitad del reinado de Luis XV. Nada tan temerario en María Estuardo como el intento de reunir las dos coronas de Inglaterra y Escocia para ofrecérselas en lo religioso al Catolicismo medieval, en lo político á la Monarquía francesa. Nada tan temerario en Antonieta, mártir de las torpes ambiciones, congénitas á su dinastía, como reunir Francia y Austria para oponer una barrera incontrastable al progreso europeo. Se había constituido de tal manera Europa que no érale dado á pacto, de suyo tan frágil, como el significado por un enlace, cual el anudado entre linfático príncipe francés y nerviosa princesa germánica, no ya destruir, debilitar esta constitución interna del continente. Por virtud y obra de su compleción Germania en sus regiones del Norte y del Centro se abrazó al Protestantismo, la nueva religión, mientras la parte meridional de tal región permaneció en los dogmas y en los principios medioevales, y de esta parte, católica por excelencia, provenía la desdichada Reina de Francia. Durante toda la centuria décima-sexta el Protestantismo se había fijado en los espacios congruentes con su origen y naturaleza; durante todo el siglo décimo-séptimo el Protestantismo se había por el hierro y el fuego establecido con la paz de Westphalia en el derecho internacional europeo. Y se había establecido por el auxilio que la prestara Francia contra las dos grandes potencias católicas, contra España y Austria. ¿Cómo podía deshacerse obra de tal magnitud en el siglo décimo-octavo, cuando auxiliaban á su consolidación de un lado el espíritu filosófico en tamaña centuria y de otro lado la espada invencible de Federico el Grande? Pues nada menos que una reacción de tal monta intentaron Francia y Austria por el matrimonio regio entre sus dos príncipes contra la Europa progresiva, que representaba la libertad de conciencia y de pensamiento aprovechadas por el humano espíritu para escribir primero la Enciclopedia francesa y luego la Razón Pura germánica. El matrimonio de María Antonieta representaba la reacción. Y en esto de reacciones debe decirse que precedió á la austriaca la escocesa, María Estuardo, que sólo soñaba con la reacción, y había de ser aborrecida por retrógrada.

Si al fin tales errores en las ideas de María Estuardo se hubieran compensado con estóica severidad en las costumbres, aparecería hoy más pura y menos culpada en el juicio de la posterioridad. Pero como se dejaba llevar de sus emociones y obedecía servil-